



Fragmentos de un discurso amoroso



JUAN FRANCISCO FERRÉ



'EL INVITADO AMARGO'

Autores: Vicente Molina Foix y Luis Cremades.
Editorial: Anagrama.
Páginas: 412. Precio: 19,90 euros.

¿Es este un libro pornográfico? No, desde luego, en el sentido habitual. No es la conjunción de los cuerpos ni la copulación de la carne las que mueven o conmueven al dúo de voces enfrentadas aquí al duelo del amor, la rivalidad expresiva, la pérdida del otro. Ya lo dijo Barthes: «Querer escribir sobre el amor es afrontar el embolito del lenguaje: esa región de enloquecimiento donde el lenguaje es a la vez demasiado y demasiado poco». Bien sabía Barthes, maestro larvado del libro, que la anomalía del amor perturba las categorías con que la vida pretende ordenarse. Esa desmesura indiscifrable del sentimiento amoroso, signo de locura, error o ilusión para el mundo racional, contendría, según Barthes, una verdad esencial.

A pesar del pudor, las veladuras y claroscuros, este espléndido libro posee una cualidad tan emotiva como obscena. En él, sin recato mo-

ral, dos amantes fogosos desnudan sus almas enlazadas a través de la escritura y, con ella, la elocuencia sentimental, el anecdótico chispeante, el voltaje pasional, el desgarrado silencio de los abrazos, la posesión obsesiva, la erección y flacidez de los deseos diseminados. La retórica de sus insidias, perfidias, celos y recelos no es tan descarnada ni descarada como cabía esperar, la expresión del amor se muestra estilizada y hasta recargada de vestiduras e investiduras intelectuales. Es un discurso pornográfico no porque los amantes ostenten el mismo sexo y la misma predisposición estilográfica sino por su condición exhibicionista y hasta narcisista.

En el año inicial del romance (1981), Molina Foix anticipó el espíritu del libro escribiendo este lúcido comentario en su crítica cinematográfica a 'Función de noche': «Toda forma de comunicación humana establecida a través de la mediación de un soporte mecánico lleva en sí un rasgo pornográfico, concupiscente casi, porque revela, exhibe y busca la ilación con el otro, un vínculo amoroso, el 'intercourse'

En el libro, sin recato moral, los amantes fogosos desnudan sus almas enlazadas a través de la escritura



físico». Reviviendo sin ira un pasado común, Molina y Cremades, tanto monta, se lo montan de nuevo en esta autobiografía psíquica de génesis bicéfala manejando un arsenal de vocablos punzantes, arrebatos epistolares, flagelos desechados, requiebros seductores y desplantes despectivos.

En esta escenificación intensiva, que uno podría imaginar sin esfuerzo traspuesta al escenario teatral, cada uno adopta la máscara dramática que reconoce en el espejo de la memoria, rehuyendo la venganza amorosa pero no el ajuste de cuentas con la siniestra realidad española que le servía de decorado. Y el juego enunciativo, finalmente, se asemeja más a la literaria «paradoja del comediante» (la frialdad afectiva como fuerza estilística inusitada) que a la más lógica del 'prisionero', donde el temor al reproche del otro, la deformación flagrante o la divergencia narrativa en cuanto a lo vivido conducirían a la parálisis verbal, la estratagema tramposa o la pérdida de la complicidad imprescindible en un proyecto artístico de este género. Transformar en triunfo literario el fracaso amoroso. Consumar estéticamente el discurso moroso en torno a lo que no llegó a realizarse del todo. Por ello, 'El invitado amargo' se erige en glosa prosaica y exégesis incisiva de los mecanismos subterráneos de la tradición lírica del amor occidental.

El regusto amargo de la lectura no procede solo de la enfermedad que castiga tardíamente al protagonista más joven (Cremades) sino del reconocimiento del más veterano de que toda relación verdadera, como mandato moderno, es una tentativa de reinención del amor abocada a chocar fatalmente con la prosa del mundo: «Qué difícil es en la práctica sentimental aplicar los principios teóricos y renovar la trillada costumbre amorosa».